

## BREVE RELATO SOBRE EL ANTICRISTO

VLADIMIR SOLOVIEV

Traducción del francés y notas de S. E.\*

Este relato es parte integrante de *Tres diálogos*, última obra del gran pensador ruso, publicada hacia 1900, año de su muerte. Al traducirlo del francés, omitimos las primeras páginas donde el supuesto manuscrito, que lee uno de los interlocutores, refiere la gran movilización de las naciones mongólicas y su arrollador imperio sobre Europa, destrozada por las cruentas guerras y revoluciones anunciadas para el siglo XX. Partimos, pues, del momento histórico en que, libre ya de la dominación asiática, el viejo continente verá surgir al Anticristo. Nos ceñimos, de esta manera, al tema central y específico del diálogo, en el cual intervienen: el religioso “M.Z.”, la dama curiosa que juzga por las apariencias, el príncipe tolstoiano que sostiene la no resistencia al mal, el militar tradicionalista o “el general” y el hombre simplemente culto o “el diplomático”.

\* En el año 2008, se cumplieron 100 años del nacimiento del Dr. Santiago de Estrada, que fue nuestro decano en dos oportunidades, entre los años 1967-1972 y 1975-1985. Don Santiago fue “el” decano y el espejo en el que se han mirado y deben hacerlo aquellos que detenten este servicio. Entre muchas otras cosas, el Dr. Estrada fue director de la revista *Universitas* –la primera– que fundó Mons. Octavio Nicolás Derisi. Tuve el honor de acompañarlo como miembro del consejo de redacción y en el marco de la relación discipular que he mantenido. Don Santiago hizo, en su momento, la traducción del francés del escrito de Soloviev –el gran pensador ruso del que Dios se valió para la conversión de Dostoieski– sobre el anticristo. Porque nunca viene mal pensar en estas cosas de las que poco se habla en los ambientes universitarios, pese a que integran la Sagrada Revelación del último libro del Nuevo Testamento, por los tiempos que van corriendo y como homenaje a la memoria de Don Santiago en el centenario de su nacimiento, hacemos esta publicación.

M.Z., leyendo: “La Europa del siglo XXI es una unión de Estados más o menos democráticos: los Estados Unidos de Europa. Los adelantos de la civilización, detenidos un instante por la invasión y por las tareas de la liberación, han readquirido un ritmo acelerado. Pero los problemas más hondos —el problema de la vida y de la muerte, el del destino del mundo y del hombre—, enredados y oscurecidos por innumerables investigaciones y descubrimientos fisiológicos y psicológicos, quedan todavía sin solución. Un solo resultado negativo se destaca: la caída definitiva del materialismo teórico. La representación del universo como un sistema de átomos en movimiento y de la vida como producto mecánico de las modificaciones de la materia no satisface más a un solo espíritu que piense. La humanidad ha franqueado para siempre el estadio de la infancia filosófica. Es claro, por otra parte, que ha superado, igualmente, la época de la fe ingenua e irreflexiva. Ideas como la de un Dios que crea el mundo *ex nihilo* ni siquiera son enseñadas en las escuelas primarias.<sup>1</sup> Se ha alcanzado una suerte de nivel medio de ideas a este respecto que ya no permite la aparición de dogmatismo alguno. Y, mientras los pensadores en su inmensa mayoría permanecen totalmente incrédulos, a los pocos creyentes la necesidad los hace razonar conforme a las enseñanzas del Apóstol: “*Sed niños por el corazón, mas no por el espíritu*”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El pronóstico de Soloviev para el siglo XXI parecería haber empezado a cumplirse en el XX. En cuanto a la caída del materialismo teórico, cabría afirmar que en su versión *mecanicista* es ya un hecho. Por otra parte, como resultante común de los errores y herejías contemporáneos tiene hoy especial relevancia un evolucionismo inmanentista, incompatible con la idea de la creación *ex nihilo*, la que, por cierto, no se enseña en muchísimas o casi todas las escuelas primarias, no sólo las “laicas” sino también las “*teillardianas*”.

<sup>2</sup> He traducido aquí literalmente el texto francés: “Soyez des enfants par le coeur, mais non par l’esprit”. Para interpretarlo rectamente es menester ubicarlo en todo el contexto paulino, del cual es una apretada síntesis. En la Primera Epístola a los Corintios, capítulo XIV, versículo 20, se lee: “Fratres nolite pueri effici sensibus, sed malitia parvuli estote; sefibus autem perfecti estote”, que Scio de San Miguel traduce: “Hermanos, no seáis niños en el sentido, mas sed pequeñitos en la malicia; y sed perfectos en el sentido”. Se trata, pues, de distinguir entre la mente y el corazón, para valerse de la inteligencia como hombres maduros y de la voluntad con la inocencia de los niños; tener seso pero no malicia; es decir, ser, como enseña el Señor por San Mateo X, 16, “prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”. Y es por ello que se nos ha dicho también: “Si no os volviereis y os hicieréis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat. XVIII, 3). Soloviev aclara, como se verá enseguida, que el Anticristo no será, *en manera alguna*, como niño.

En ese tiempo, entre los pocos creyentes espiritualistas, surgió un hombre notable –muchos lo llamaban superhombre– que no era niño ni por el espíritu ni por el corazón. Todavía joven, gracias a su genio inmenso, a los treinta y tres años de edad era reputado gran pensador, escritor y hombre de acción. Reconociendo en los hechos la gran fuerza del espíritu, demostraba ser un espiritualista convencido y su clara inteligencia le indicaba siempre las razones para creer en Dios, en el Bien, en el Mesías. Era en esto en lo que creía, pero no lo amaba más que a sí mismo. Creía en Dios, pero, en lo más profundo de su alma, no podía dejar de preferirse a Él. Creía en el Bien, pero el ojo penetrante del Eterno sabía que este hombre se inclinaría ante la fuerza mala si ella lo compraba –no con la ilusión de los sentidos y de las bajas pasiones ni aun por el atractivo del poder, sino por el amor ilimitado de sí mismo–.

Este amor de sí no era, por lo demás, producto de un instinto irracional ni de una pretensión sin fundamento. Aparte de su genio extraordinario, de su beldad y de su nobleza, este gran espíritu daba pruebas de virtud, de bondad y de una caridad inagotable. Podría acusársele de que veía en estos dones extraordinarios el signo de una benevolencia única de los Cielos a su respecto y se consideraba como el segundo después de Dios, el único Hijo de Dios en su género. En una palabra, pensaba que él era lo que sólo Cristo había sido en realidad hasta aquí. Pero la conciencia de tal superioridad no le movía a reconocer obligación moral alguna para con Dios y para con el mundo; al contrario, veía en ello un privilegio y un derecho sobre los otros y, ante todo, sobre Cristo. No abrigaba verdadera inquina contra Jesús. Reconocía su misión mesiánica y su dignidad, mas no veía en Él más que a su más grande predecesor.

El comportamiento moral de Cristo y su carácter absolutamente único quedaban incomprensibles para este espíritu obscurecido por el amor de sí mismo. “Cristo –pensaba– vino antes de mí; yo soy el segundo; pero lo que es posterior en el tiempo resulta ser anterior en el orden de las esencias. Yo llego último en el curso de la historia porque soy el salvador perfecto y definitivo. Cristo es mi precursor. Su misión fue preparar y anunciar mi venida”. Llevado por esta idea, el gran hombre del siglo XXI aplicaba a su caso cuanto fue dicho en las Escrituras sobre el segundo Advenimiento, que entendía no como el retorno de Cristo Jesús, sino como el del Cristo definitivo, es decir, su propio advenimiento.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Sobreestimábase a sí mismo con petulancia paralela, aunque en grado superlativo, a la de muchos modernísimos cristianos sedicentes adultos con respecto a sus hermanos de ayer.

En todo ello, este hombre no resultaba todavía un fenómeno profundamente original. Era así como Mahoma, hombre justo, a quien nadie podría acusar de algún mal pensamiento, había definido su relación con Cristo.<sup>4</sup>

Pero el gran hombre justificaba su amor a sí mismo con otro razonamiento: “Cristo, predicando y realizando en su vida el bien moral, se manifestó como el maestro de la humanidad; yo seré el benefactor. Yo daré a todos los hombres lo que han menester. Cristo, como moralista, ha dividido a la humanidad por la idea del bien y del mal; yo la uniré dándole los bienes que son tan útiles para los buenos como para los malos. Seré el verdadero representante de aquel Dios que hace brillar el sol sobre los buenos y los malos y hace caer la lluvia sobre los justos y los injustos. Cristo trajo la espada; yo traeré la paz. Él amenazó a la tierra con un terrible juicio último, pero soy yo quien será el último juez y mi tribunal no será solamente un tribunal de justicia, sino un tribunal de misericordia. La justicia que inspirará a mi tribunal no será atributiva sino distributiva. Yo apreciaré las cualidades de cada cual y daré a cada uno cuanto le sea necesario”.<sup>5</sup>

Con tan excelentes disposiciones de ánimo, esperaba un llamado de Dios para la tarea de la nueva salvación de la humanidad, un testimonio claro y patente que probase que él era el hijo mayor, el preferido de Dios. Esperaba y alimentaba su arrogancia mediante la conciencia de sus cualidades únicas y de sus dones sobrehumanos, reconocidos por todo el mundo. Este justo lleno de orgullo esperaba la sanción suprema que le permitiría emprender la salvación de la humanidad. Y no esperó demasiado. Pasados los treinta años, dejó pasar todavía otros tres. Pero pronto una idea le hizo temblar y arder hasta la médula de los huesos: “¿Si el señalado no fuese yo? ¿Si fuese Él... el Galileo... si Él no fuese mi precursor sino el verdadero, el primero y el último? Pero en tal caso Él estaría vivo... ¿Dónde está? Si

<sup>4</sup> Sabido es que Mahoma consideraba a Nuestro Señor Jesucristo como el más grande de los profetas que a él le precedían en el tiempo, aunque no en dignidad.

<sup>5</sup> La postura del Anticristo frente a Cristo y el Evangelio es substancialmente la del Gran Inquisidor en el poema cuyo argumento relata Iván Karamazov a su hermano Alejo en la inmortal obra de Dostoievski: “¿Pero no sabes Tú que, en nombre del pan terrestre, el espíritu de la tierra se levantará contra Ti y Te combatirá y Te vencerá, y que los hombres lo seguirán ... y que la humanidad, por boca de su sabiduría y de su ciencia, proclamará que el crimen no existe, y que, por consiguiente, no hay pecadores sino solamente hambrientos?”.

viniese hacia mí... enseguida... acá... ¿qué podría decirle yo? ¿Sería menester inclinarme ante Él como el último de los cristianos, como cualquier paisano ruso que musita su plegaria o como una corpulenta comadre polaca? ¡Yo, que soy un genio luminoso, sobrehumano! ¡No, jamás!”.

A partir de ese momento, en vez del mesurado respeto que conservaba por Dios y por Cristo, apareció y creció en su corazón primero una especie de terror y enseguida una quemante envidia que se adueñó de todo su ser y un odio que nutría su espíritu. “¡Yo, yo y no Él! Él no está entre los vivos y no lo estará jamás. ¡Él no ha resucitado, no resucitó, no resucitó! Se pudrió en la tumba, se pudrió como todos.<sup>6</sup> Con la boca llena de espuma dispara entonces de su casa, de su jardín, y en la noche oscura corre por el sendero rocoso... Su ardor se apacigua, transformado en un desencanto seco y duro como ese peñasco, oscuro como esa noche. Se detiene al borde del abismo y oye a lo lejos el ruido sordo del torrente que corre sobre cantos rodados. Una melancolía insoporrible oprime su corazón. De repente algo se agita en él. “¿Llamarlo, preguntarle lo que es necesario hacer?” Y en las tinieblas se le aparece una figura dulce y triste. “Él se apiada de mí... No, jamás. ¡Él no ha resucitado, no resucitó!”. Y se arroja al abismo. Pero algo resistente, como una tromba de agua, lo retiene en el aire y siente una conmoción como de alguna corriente eléctrica, una fuerza que lo arroja hacia atrás. Por un instante pierde el conocimiento y se recobra, de rodillas, a pocos pasos del reborde del precipicio. A su frente se dibuja una silueta luciente, de un esplendor vago y fosforescente; dos ojos de mirar agudo e insostenible han penetrado su alma...

Advierte esos penetrantes ojos y escucha (¿oye en su propio interior o a través de los oídos?) una voz extraña, sorda, queda y al mismo tiempo neta, metálica y totalmente desalmada, como el sonido de un fonógrafo.<sup>7</sup> “Hijo mío bienamado –dice la voz–, en ti yo he puesto

<sup>6</sup> La Resurrección de Cristo es el punto fundamental de nuestra fe. La negación de este misterio es así esencial para el Anticristo y su política. Evidentemente, Soloviev se ha inspirado aquí en la doctrina sentada por San Pablo en I Corintios, XV, versículos 14 a 19.

<sup>7</sup> Los fonógrafos o tocadiscos hoy en día han mejorado tanto el sonido, que ya no parece acertada la comparación. Cabría más bien referirse ahora a los fastidiosos altavoces contemporáneos, de los que suele abusarse sobremanera en las calles y plazas públicas y hasta en el interior de los templos.

todas mis complacencias. ¿Por qué no me has buscado? ¿Por qué has venerado al Otro, a ese Idiota y su Padre? Yo soy tu Dios y tu padre, mas... ese mendigo, ese crucificado nos es completamente extraño a ti y a mí. Yo no tengo otro hijo que tú. Tú eres el solo, el único, tú eres mi igual. Te amo y nada pido de ti. Eres tan bello, tan grande, tan poderoso... Cumple tu obra en tu nombre, no en el mío. Yo no te envidio; te amo. Yo nada te pido. Aquel que tú consideraste como Dios pidió a su Hijo obediencia y obediencia infinita –hasta la muerte de cruz– y no lo ayudó en la cruz. Yo no te pido absolutamente nada y te ayudaré. A causa de ti mismo, a causa de tu propio valor y de tu superioridad, y a causa de mi puro amor desinteresado por ti... yo te ayudaré. Acepta mi espíritu. Él te engendró antes en *belleza* y ahora te engendra en poder”.<sup>8</sup>

A estas palabras, los labios del superhombre se entreabrieron involuntariamente, los ojos se acercaron junto a su rostro y él sintió como una corriente helada a través de todo su ser. Al mismo tiempo sintió una fuerza desconocida, un vigor, una agilidad y una exultación que inundaron toda su alma. Al instante, la faz luminosa y los dos ojos desaparecieron y el superhombre fue sobreelevado por una fuerza misteriosa que lo depositó en su jardín, junto a la puerta de su casa.

Al día siguiente, no solamente sus visitantes sino hasta sus servidores quedaron asombrados de su aspecto extraordinario, como de inspirado. Y habrían quedado todavía más sorprendidos si hubiesen podido ver con qué sobrenatural rapidez, encerrado en su gabinete, escribía la obra, ahora célebre, titulada *Hacia la paz y el bienestar universal*, que en ese preciso momento componía. Los libros anteriores y la acción social del superhombre se habían prestado a severas críticas, provenientes, por lo general, de autores profundamente religiosos –y, por consiguiente, desprovistos de autoridad (se trata naturalmente del tiempo del Anticristo)–, que no eran escuchados cuando denunciaban, en las obras del “hombre del porvenir”, las señales características de un amor propio fuera de todo límite o cuando notaban la ausencia más absoluta de corazón, de auténtica simplicidad y

<sup>8</sup> Las tres tentaciones rechazadas por Cristo en el desierto, aceptadas por el Anticristo, constituyen la base de todo su proceder. “Yo soy tu dios ... acepta mi espíritu ... él ... te engendra, ahora, en poder”. Es la misma tentación de la que se habla en San Mateo IV, 9 y en San Lucas IV, 7.

de franqueza. Pero su nueva obra convenció hasta a un crecido número de sus antiguos adversarios o críticos.

El libro, escrito a raíz del encuentro sobre el borde del abismo, revelaba en él un genio aún más grande que el que desde antes se le reconocía. En este libro, abarcador de todos los conocimientos, quedaban abolidas las contradicciones. Un noble respeto por las tradiciones antiguas y por los símbolos se unía a un amplio y audaz radicalismo en las concepciones políticas y sociales; una ilimitada libertad de pensamiento se juntaba con una profunda comprensión de todos los problemas místicos; un absoluto individualismo, con una ardiente devoción por el bien público; y el idealismo más abierto en los principios con una acabada precisión en soluciones prácticas. Todo ello, reunido y relacionado con un arte tan genial, que hasta el más modesto hombre de pensamiento o de acción podría captar el sentido del conjunto desde su propio y limitado punto de vista, sin sacrificar nada a la *verdad en sí misma*, sin exceder por causa de ella los límites de su *yo*, sin renunciar *en los hechos* a sus juicios unilaterales, sin corregir en nada la falsedad de sus enfoques o de sus tendencias, sin completar en nada su propia insuficiencia.

Este libro asombroso fue traducido inmediatamente a las lenguas de todos los pueblos cultos y de algunas naciones todavía salvajes. Miles de periódicos, en todas las partes del mundo, quedaron cubiertos durante todo el año por los anuncios de los editores y el entusiasmo de los críticos. Ediciones baratas, con el retrato del autor, fueron difundidas por millones de ejemplares y todo el mundo civilizado (es decir, en esa época, casi todo el globo terrestre) quedó colmado por la gloria del Único, del Grande, del Incomparable. ¿Quién podría haber protestado contra un libro aparecido como la revelación de la verdad total? Cada uno encontraba allí tal justeza de miras, los problemas del presente analizados allí con tal amplitud y el porvenir mostrado bajo un aspecto tan maravilloso, que todos exclamaban: “¡Ved lo que nos hacía falta! He aquí un ideal que no es una utopía; he aquí imaginaciones que no son quimeras”... El prodigioso escritor no solamente hechizará la opinión, sino que será *agradable* a cada uno y así se cumplirá la palabra de Cristo: “Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en el nombre suyo propio, a aquél le recibiréis”.<sup>9</sup> Pues, en efecto, para ser bien recibido conviene ser agradable.

<sup>9</sup> San Juan V, 43.

No pocos hombres de bien, a pesar de cubrir de elogios al libro, terminaron por preguntarse por qué jamás se mencionaba el nombre de Cristo, pero otros cristianos dieron la respuesta: “¡Es realmente tanto mejor! Demasiado se han visto en el pasado disputas por motivos fútiles sobre temas sagrados... Hoy día, un escritor profundamente religioso debe ser muy prudente. Si el contenido del libro está impregnado de un espíritu verdaderamente cristiano, caracterizado por un amor operante y una benevolencia universal, ¿qué más podría pedirse?”. Y, así, todo el mundo terminaba por estar de acuerdo.

El texto pasa a relatar la situación política de Europa, cuya unificación definitiva es tratada en un congreso dominado por la francmasonería, donde se decide investir de poder universal al ya célebre personaje. Luego prosigue con el tema central.

*M.Z.* sigue leyendo: “*El hombre del porvenir* fue elegido, casi por unanimidad, presidente vitalicio de los Estados Unidos de Europa. Cuando apareció sobre la tribuna en todo el esplendor de su juvenil belleza y de su fuerza sobrehumana, cuando expuso con inspirada elocuencia su programa universal, la asamblea, deslumbrada, decidió, en un arranque de entusiasmo, conferirle el honor supremo, proclamándolo Emperador Romano. El congreso finalizó en medio de un entusiasmo universal y el nuevo electo publicó un manifiesto que comenzaba así: “¡Pueblos de la tierra! ¡Yo os traigo mi paz!” y terminaba con estas palabras: “¡Pueblos de la tierra, los destinos están cumplidos! ¡La paz eterna y universal está asegurada! Cualquier tentativa de quebrantarla chocará contra un poder invencible. De hoy en adelante, existe en la tierra un poder central que es más fuerte que todos los otros poderes, juntos o separados. Este poder ilimitado y absoluto me pertenece, a mí, el elegido de Europa, el generalísimo de todos sus ejércitos. El derecho internacional dispone, al fin, de la sanción que hasta ahora siempre le había faltado. En adelante, ninguna potencia osará decir ‘guerra’ cuando yo diga ‘paz’. ¡Pueblos de la tierra, que la paz sea con vosotros!”<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Resulta interesante comparar este manifiesto con el patético llamado a la paz, contenido en el discurso pronunciado por S.S. Pablo VI en la Asamblea de la ONU, el 4 de octubre de 1965. Mientras el padre santo pide que desaparezca para siempre la guerra, el Anticristo impone “su” paz y amenaza aplastar con su fuerza incontrastable a quien no la acepte.



El manifiesto produjo los efectos deseados. Por todas partes, fuera de Europa y particularmente en América, se constituyeron fuertes partidos imperiales que obligaron a sus Estados a plegarse, bajo ciertas condiciones, a los Estados Unidos de Europa bajo la autoridad del Emperador Romano. Sólo quedaron independientes algunas tribus en el fondo de Asia y de África. El Emperador, con un pequeño pero excelente ejército compuesto de regimientos rusos, alemanes, polacos, húngaros y turcos, efectuó un paseo militar desde el Asia oriental hasta Marruecos y, sin derramar sangre, sometió a todos los opositores. En todos los Estados del mundo, estableció como representantes suyos a miembros de las aristocracias locales, educados a la europea y enteramente fieles a él. En los países paganos, los pueblos maravillados y seducidos lo proclamaron dios supremo.<sup>11</sup>

En un año quedó fundada la monarquía universal. Los últimos gérmenes de guerras fueron extirpados de raíz. La Liga Mundial de la Paz se reunió por última vez y, después de haber dirigido un entusiasta elogio al gran pacificador, se disolvió por sí misma, por no tener ya razón de ser.

En el segundo año de su reinado, el Emperador Universal y Romano lanzó un nuevo manifiesto: “¡Pueblos de la tierra! Os he prometido la paz y os la he dado. Pero el mundo no es bueno sino por la beneficencia. El que en tiempo de paz está amenazado por la miseria no conoce los gozos de la paz. Venid a mí vosotros todos los que estáis hambrientos o que tenéis frío, yo os saciaré y os abrigaré”.<sup>12</sup> Y emprendió enseguida la reforma social simple y completa que antes había expuesto en su libro y que había seducido a los espíritus más nobles y mesurados. Ahora, disponiendo de las finanzas universales y de las colosales riquezas del subsuelo, podía realizarla de acuerdo

<sup>11</sup> Es la “bestia” de la que se habla en el Apocalipsis: “... y fuele dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación y le adoraron todos los moradores de la tierra” (XIII, 7 y 8).

<sup>12</sup> El Anticristo habla un lenguaje evangélico pero totalmente subvertido. Es el suyo como un cristianismo sin cruz, sin Cristo, desprovisto de sentido sobrenatural y, como ahora se dice, puramente horizontal. Bajo la apariencia de amor a los hombres, se oculta en él una profunda subestimación de su dignidad y de su capacidad para superar las miserias materiales. “Tú les prometiste el Pan Celestial, pero, a los ojos del género humano, débil, siempre vicioso e ingrato, ¿podría ese Pan ser comparado con el pan terrestre?”, pregunta el Gran Inquisidor, en el poema citado en la nota 5, increpando a Cristo.

con los deseos de los pobres y sin causar el mínimo disgusto a los ricos. Cada uno comenzó entonces a recibir según su condición y cada condición según sus trabajos y sus méritos.

El relato señala aquí las dotes de filántropo, vegetariano y zoófilo, características del Anticristo. Enseguida remarca que el segundo año se cumplió con la igualdad absoluta entre todos los hombres, la igualdad de la sociedad general, con lo cual se resolvió definitivamente la cuestión económica y la social. Pero no sólo de pan vive el hombre... El Anticristo da también “circo” al pueblo. Aparece entonces el mago Apolonio, mitad asiático y mitad europeo, obispo católico *in partibus infidelium*, quien, con sus prodigios, distrae la atención de las gentes. Cumplido el tercer año, en el cuarto se plantea la cuestión religiosa. El número de los cristianos había disminuido mucho; el Papado, luego de haber tenido que salir de Roma y de un largo peregrinar, había terminado por encontrar asilo en San Petersburgo –actualmente afeada con el sucio nombre de Leningrado–. El anglicanismo se había visto reducido por la conversión de una importante fracción al catolicismo. De los evangélicos, quedaban pocos pero muy sinceros adeptos. La Iglesia Ortodoxa Rusa, perdido el apoyo oficial y con él varios millones de fieles nominales, había incorporado, en cambio, a su seno la mejor parte de la antigua secta de los “Viejos Creyentes”<sup>13</sup> y crecido así en hondura espiritual. Por lo demás, los cristianos, que al comienzo habían seguido con simpatía y algunos hasta con entusiasmo la actuación del gran reformador, ante la aparición del mago Apolonio, comenzaban ya a preocuparse y a recordar los textos sagrados sobre el Anticristo. El Emperador advirtió el peligro y decidió salirle al paso. Retomamos pues, aquí, el texto.

*M.Z.*, siempre leyendo: “Al comienzo del cuarto año de su reinado, dirigió un manifiesto a todos los fieles cristianos, sin distinción de confesiones, invitándolos a elegir o nombrar plenipotenciarios para un concilio ecuménico que se realizaría bajo su presidencia. La residencia del Emperador fue transferida en este tiempo de Roma a Jerusalén. La Palestina era entonces un territorio autónomo poblado y gobernado casi

<sup>13</sup> En el siglo XVII surge el “Raskol” o cisma de los Viejos Creyentes, provocado por las reformas introducidas en la Iglesia Ortodoxa. El patriarca de Moscú, Nicón, fue su causante directo. La Iglesia quedó, así, dividida entre antiguos observantes y fieles a la jerarquía oficial.

únicamente por los judíos.<sup>14</sup> Jerusalén, que era ciudad libre, fue hecha ciudad imperial. Todos los santuarios cristianos quedaron intactos, pero sobre la vasta planicie de Kharam-Ez-Cherif, desde Birket-Israin y los cuarteles actuales, de un lado, hasta la mezquita de El-Aks y las caballerizas de Salomón, del otro, fue edificado un inmenso palacio que contenía, además de las dos antiguas mezquitas, un grandioso templo “imperial” para la unión de todos los cultos y lujosos palacios imperiales con bibliotecas, museos y establecimientos especiales para experiencias mágicas. En este edificio, mitad templo, mitad palacio, debía abrirse el 14 de septiembre el concilio ecuménico. Como el protestantismo carece de jerarquía eclesiástica en el sentido propio del término, las jerarquías católica y ortodoxa, conformándose a voluntad del Emperador, que deseaba dar un aspecto uniforme a las representaciones de las diferentes confesiones, decidieron admitir en el concilio un cierto número de laicos reconocidos por sus virtudes y su dedicación a los intereses de la Iglesia. Una vez admitidos los laicos, tampoco se podía excluir al bajo clero regular o secular. De esta manera, el número total de los miembros del concilio llegó a tres mil y cerca de medio millón de peregrinos inundó Jerusalén y toda la Palestina.

Entre los miembros del concilio, había tres que se destacaban sobre todos los demás. En primer lugar el papa Pedro II,<sup>15</sup> jefe de la delegación católica. Su predecesor había muerto en camino y un cónclave, reunido en Damasco, había elegido por unanimidad al cardenal Simone Barionini, que tomó el nombre de Pedro. Era éste de origen popular, de la región de Nápoles, y se había hecho conocer como predicador de la Orden de los Carmelitas. Dio muestras de gran energía en la lucha contra una secta satánica, activa en Petersburgo y que abarcaba no solamente ortodoxos sino también católicos. Hecho primero arzobispo de Mohilev y luego cardenal, desde mucho tiempo atrás estaba destinado a la tiara. Era un hombre de cincuenta años de edad, de talla mediana y constitución robusta, rostro encarnado, nariz abultada y cejas espesas. De carácter ardoroso e intrépido, hablaba fogosamente acompañándose de grandes gestos y seducía, más

<sup>14</sup> Cuando Soloviev escribió su diálogo, estaba todavía muy lejana la realización del Estado Israelí. Los sueños sionistas parecían meras utopías frente a la realidad del Imperio Turco.

<sup>15</sup> Sabido es que Pedro II es el nombre que correspondería al último Papa, según la célebre profecía atribuida a San Malaquías.

que persuadía, a sus oyentes. En lo concerniente al nuevo autócrata, revelaba cierta desconfianza; especialmente porque el Papa difunto, al salir para el concilio, había cedido a los requerimientos del Emperador y nombrado cardenal al canciller imperial y gran mago universal, el exótico obispo Apolonio, a quien consideraba como católico dudoso y decidido charlatán.

El jefe real, aunque no oficial de los ortodoxos, era el *starets*<sup>16</sup> Juan, muy conocido en el pueblo ruso. Si bien era obispo, no vivía en monasterio y viajaba constantemente por Rusia. Contábase de él diversas leyendas. Algunas afirmaban que era el viejo Fedor Kuzmich resucitado, es decir, el emperador Alejandro I, nacido cerca de tres siglos antes. Otros iban más lejos y afirmaban que era el verdadero sacerdote Juan, es decir, el apóstol Juan Evangelista, que no había muerto y aparecía abiertamente al fin de los tiempos.<sup>17</sup> Él, por su parte, jamás hablaba de su origen ni de su juventud. Era entonces un anciano de mucha edad pero vivaz, con la cabellera y la barba tan canas, que parecían amarillas y aun verdosas; alto de talla, delgado de cuerpo, pero de mejillas llenas, ligeramente rosadas, de ojos vivos y luminosos y una notable expresión de dulzura y de bondad en el rostro y en sus palabras. Vestía siempre hábito y manto blancos.

A la cabeza de los miembros reformados del concilio, destacábase un sabio teólogo alemán, el profesor Ernst Pauli; un viejito enjuto, de frente inmensa, nariz enérgica y mentón bien afeitado. Sus ojos eran notables por la mirada reconcentrada y, al mismo tiempo, benévola. Se frotaba las manos sin cesar, agitaba la cabeza, movía las cejas de manera extraña y se mordía los labios. Además, con sus ojos relampagueantes, obstinadamente pronunciaba palabras sin continuación alguna: ¡So! ¡Nun! ¡Ja! ¡So also! Vestía con solemnidad, corbata blanca, levita larga de pastor y algunas condecoraciones oficiales.

<sup>16</sup> *Starets* podría traducirse por “monje”, pero como este término tiene, entre nosotros, una significación más precisa, identificada con la profesión religiosa dentro de las antiguas órdenes de vida cenobítica, bajo una regla y un régimen preestablecido de disciplina y obediencia, he preferido conservar el vocablo ruso que, si bien en lo fundamental supone connotaciones análogas, posee un sentido algo más libre e impreciso, casi como el de los anacoretas orientales del siglo IV.

<sup>17</sup> La supervivencia de San Juan como errónea creencia popular fue ya denunciada por el Apóstol mismo en su Evangelio (cf. XXI, 21, 22 y 23).

La apertura del concilio fue impresionante. Dos terceras partes del inmenso templo consagrado a la unión de todos los cultos estaban cubiertas de bancos y siales para los concurrentes; la otra tercera parte estaba ocupada por un alto estrado sobre el cual, además del trono imperial y de un trono algo más bajo para el gran Mago (que era cardenal y canciller del Imperio), había varias filas de sillones para los ministros, los chambelanes y los secretarios de Estado y, a un costado, otras filas de sillones vacíos, cuyo destino se mantenía ignorado. A ambos lados estaban ubicadas orquestas y, sobre el espacio vecino, permanentemente instalados, dos regimientos de la guardia y una batería para las salvas solemnes. Los miembros del concilio habían celebrado antes sus oficios en diferentes iglesias y la apertura no debía incluir ceremonia religiosa alguna.

Al entrar el emperador en la sala, en compañía del gran Mago y de su comitiva, la orquesta entonó la “Marcha de la humanidad unida”, que era el himno imperial universal, y todos los asistentes, de pie, agitaron sus sombreros gritando tres veces en alta voz: “¡Viva! ¡Hurra! ¡Oh!”. El emperador, de pie, delante del trono y extendiendo la mano con majestuosa benevolencia, proclamó con voz fuerte y agradable: “¡Cristianos de todos los matices! ¡Mis queridos hermanos y súbditos! Desde el comienzo de mi reinado, que el Ser Supremo ha bendecido con hechos tan gloriosos y deslumbrantes, jamás he tenido motivo para estar descontento de vosotros; siempre habéis cumplido vuestro deber con entera fe y conciencia. Pero ello no me basta. Mi sincero amor hacia vosotros, hermanos muy queridos, tiene sed de reciprocidad. Quiero que, animados no por el deber sino por el amor verdadero, me reconozcáis como jefe vuestro, en cuanto ha de ser emprendido para bien de la humanidad. Además de todo lo que yo hago por el conjunto de los hombres, querría yo testimoniaros mi particular benevolencia. Cristianos, ¿en qué podría haceros felices? ¿Qué podría daros, no ya como a súbditos, sino como a hermanos unidos en la fe? ¡Cristianos! Decidme qué es en el cristianismo lo más precioso para vosotros, a fin de yo pueda orientar mis esfuerzos en ese sentido”. Se detuvo y esperó. En el templo se dejaba oír como un murmullo sostenido. Los miembros del concilio hablaban a la sordina entre sí. El Papa Pedro, gesticulando con viveza, explicaba algo a los que le rodeaban. El profesor Pauli bajaba la cabeza y se mordía los labios con violencia. El *starets* Juan, inclinándose ya hacia un obispo oriental, ya hacia un fraile capuchino, dirigíale suavemente algunas palabras.

Luego de pocos minutos de espera, el emperador habló con el mismo tono meloso, bajo el cual se advertía, sin embargo, una ligera nota de ironía: “Queridos cristianos –dijo–, comprendo cuán difícil os resulta formular una respuesta terminante. Quiero ayudarles también en esto. Hace tanto tiempo que vosotros estáis separados en diversos partidos, que no todos os sentís atraídos por los mismos objetivos. Pero si vosotros no podéis poneros de acuerdo, espero uniros yo, testimoniando a todos un amor igual y un igual deseo de satisfacer las necesidades verdaderas de cada uno. ¡Queridos cristianos! Sé que para muchos de entre vosotros lo más valioso que hay en el cristianismo es la autoridad espiritual que confieren a sus legítimos representantes, evidentemente no para su provecho personal, sino para el bien común, pues sobre esa autoridad se levantan el orden espiritual regular y la disciplina moral, necesarios para todos. ¡Mis queridos hermanos católicos! ¡Cómo comprendo vuestro punto de vista y cuánto querría apoyar mi poder sobre la autoridad de vuestro jefe espiritual! Y, a fin de que no creáis que son éstas meras palabras vacías y lisonjeras, declaro solemnemente, conforme a mi autocrática voluntad: el obispo supremo de todos los católicos, el Papa de Roma, queda restablecido a partir de este momento en su trono de Roma, con todos los privilegios que han pertenecido a este título y a esta cátedra y que le fueron concebidos en otros tiempos por nuestros predecesores, a partir del emperador Constantino el Grande. Hermanos católicos, como respuesta a esta decisión, no espero de vosotros más que el reconocimiento interior y sincero de vuestro emperador como protector y único defensor vuestro. ¡Aquel que en conciencia me reconozca como tal que venga hacia mí!”. Y señaló los asientos vacíos sobre el estrado.

Con grandes exclamaciones de júbilo: “*Gratias agimus! Domine! Salvum fac magnum imperatorem!*”,<sup>18</sup> casi todos los príncipes de la Iglesia Católica, cardenales y obispos, la mayoría de los laicos y más de la mitad de los religiosos subieron al estrado y, después de inclinarse profundamente en dirección al emperador, ocuparon los sillones. Pero abajo, en medio del concilio, erguido e inmóvil como una estatua de mármol, el Papa Pedro II quedó tieso en su sitial. Cuantos le rodeaban habían subido al estrado, mas un pequeño número de

<sup>18</sup> Soloviev supone que en el siglo XXI los padres conciliares se podrán expresar en latín con soltura... ¡Ojalá no se equivoque!

religiosos y laicos que habían quedado abajo, acercándosele, formó un estrecho círculo de donde partía un rumor que decía: “*Non praevalerunt, non praevalerunt, partae inferni*”.

Observando con asombro al Papa inmóvil, el emperador levantó de nuevo la voz: “¡Queridos hermanos! Sé que entre vosotros hay para quienes nada es más valioso en el cristianismo que su *santa tradición*, los viejos símbolos, los antiguos cánticos y oraciones, los íconos y los ritos del sagrado oficio. ¿Y qué puede haber, en efecto, más valioso para un alma religiosa? Sabed, queridos míos, que hoy, por decreto, he puesto inmensos recursos a disposición de un museo universal de arqueología cristiana en nuestra buena ciudad imperial de Constantinopla, para reunir, estudiar y conservar allí todos los monumentos de la antigüedad eclesiástica, particularmente los concernientes al Oriente. Os ruego que elijáis desde mañana, de entre vuestros miembros, una comisión encargada de estudiar conmigo las medidas adecuadas para adaptar los usos actuales a la tradición y a los principios de la Santa Iglesia Ortodoxa. ¡Hermanos ortodoxos! ¡Todos aquellos para quienes es grata mi voluntad, todos aquellos que en el fondo de su corazón me pueden llamar su verdadero jefe y su maestro, que suban acá!». Y la mayoría de los dignatarios del Oriente y del Norte, la mitad de los antiguos Viejos Creyentes y más de la mitad de los sacerdotes, los monjes y los laicos ortodoxos subieron con gritos de júbilo al estrado, mirando de reojo a los católicos ya arrogantemente instalados. Pero el *staretz* Juan no se movió; sólo se le pudo escuchar un profundo suspiro. Viendo él la muchedumbre que le rodeaba, disminuida sobremanera, dejó su banco y fue a sentarse junto al Papa Pedro, seguido de los fieles ortodoxos que no quisieron subir al estrado.

El emperador tomó nuevamente la palabra: “Conozco también entre vosotros, queridos cristianos, a los que del cristianismo prefieren sobre todo la fe sincera en la verdad y la libre interpretación de las Escrituras. No es necesario que me extienda sobre la manera en que yo aprecio esta actitud. Vosotros sabéis, quizá, que en mi primera juventud escribí una importante obra de crítica bíblica, que en su tiempo hizo mucho ruido y marcó el comienzo de mi fama. Es sin duda en recuerdo de aquellos lejanos días que, recientemente, la Universidad de Tübingen me ha pedido que acepte el diploma de doctor honorario en Teología... He ordenado responder que acepto con placer y reconocimiento. Hoy mismo, simultáneamente con el museo de arqueología cristiana, he decidido fundar un instituto universal para la

libre exégesis de las Sagradas Escrituras, con todas las orientaciones y de todas las maneras posibles y para el estudio de sus ciencias auxiliares, con un presupuesto de medio millón de marcos por año.<sup>19</sup> A los que comprendan mis buenas disposiciones de espíritu y puedan reconocerme francamente como su jefe absoluto, les ruego venir acá junto al nuevo doctor en Teología”. Y sobre los labios admirables del gran hombre apreció la sombra de una extraña sonrisa.

Más de la mitad de los sabios teólogos avanzó hacia el estrado, si bien con cierta lentitud y no sin alguna hesitación. Todos observaban al profesor Pauli, que parecía haber crecido sobre su sitio y se mantenía encorvado, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Llegados al estrado, los sabios teólogos fueron presa de confusión y uno de ellos, haciendo un gesto con la mano, saltó bruscamente sin pasar siquiera por la escalera y corrió hacia el profesor Pauli y los pocos que habían quedado a su vera. El profesor levantó la cabeza e, incorporándose con un movimiento, ligeramente inseguro, avanzó a lo largo de los bancos vacíos y, seguido por sus discípulos, fue a sentarse al lado del *starets* Juan y del Papa Pedro, rodeados por sus fieles.

La gran mayoría del concilio, casi toda la jerarquía de Oriente y de Occidente, se encontraba sobre el estrado. Abajo no quedaban más que los tres pequeños grupos estrechados en torno del *starets* Juan, del Papa Pedro y del profesor Pauli.<sup>20</sup>

El emperador, con un tono entristecido, dirigió a ellos la palabra: “¿Qué más puedo hacer yo por vosotros? ¡Raza extraña! ¿Qué esperáis de mí? Me lo pregunto. Decidlo vosotros mismos, cristianos abandonados por la mayoría de vuestros hermanos y vuestros jefes, y condenados por la opinión popular. ¿Qué es, a vuestro parecer, lo más precioso del cristianismo?”. Entonces, como un blanco cirio, el *starets* Juan se levantó y dijo con dulzura: “¡Noble soberano! Lo que para nosotros es más precioso en el cristianismo... es Cristo, Él Mismo, y es de Él que todo procede, pues como sabemos, en Él reside corporalmente la plenitud de la Divinidad. Mas nosotros estaríamos dispuestos a aceptar todo

<sup>19</sup> Prescindamos de los altibajos de los valores monetarios y retengamos la idea que se quiso expresar: una suma suculenta.

<sup>20</sup> El “ecumenismo”, tan nombrado en nuestros días, es uno de los temas fundamentales del diálogo, donde constantemente aparecen contrapuestos: uno verdadero, auténtico, fundado en Cristo e imbuido de espíritu sobrenatural; y otro aparente, ruidoso, basado en consideraciones puramente humanas y sincretistas.



el bien que tú quieres ofrecernos, soberano señor, si en tu mano misericordiosa pudiésemos reconocer la mano sagrada de Cristo. A tu pregunta sobre qué puedes hacer por nosotros, he aquí nuestra respuesta: confiesa aquí y ahora, delante nuestro, a Jesucristo Hijo de Dios, encarnado en nuestra naturaleza, a Cristo resucitado y que ha de venir de nuevo. Confiésale y te recibiremos con amor, como verdadero precursor de su segundo advenimiento glorioso”. Calló y fijó su mirada en el rostro del emperador.

Algo de vil ocurrió en éste. Una tempestad infernal se levantó en él, con tanta violencia como la que experimentara en la ya lejana noche fatal y perdió completamente su equilibrio interior. Sólo le quedaba una idea: la de no perder el dominio de sí, la de no traicionarse demasiado temprano. Hizo esfuerzos sobrehumanos para no arrojar-se con un grito salvaje sobre quien acababa de hablar y no devorarlo a dentelladas. De pronto, escuchó la voz misteriosa que bien conocía: “Calla y no temas”. Guardó silencio. Pero su rostro ensombrecido, endurecido, hizo una mueca y de sus ojos saltaron chispas.

Mientras el *starets* Juan hablaba, el gran Mago, cubierto por un inmenso manto tricolor que disimulaba la púrpura cardenalicia, hacía manipulaciones extrañas bajo el suntuoso lienzo, mientras sus ojos brillaban con un fulgor concentrado y se agitaban sus labios. Por las ventanas abiertas del templo se vio penetrar una nube sombría y todo quedó a oscuras. El *starets* Juan, que no apartaba sus ojos horrorizados y sorprendidos del enmudecido rostro del emperador, de repente se dio vuelta con espanto y gritó con voz angustiada: “¡Hijos míos... el Anticristo!”. En ese mismo instante, un trueno ensordecedor retumbó en el templo y un intenso relámpago penetró en la sala y envolvió al *starets*. Toda vida quedó en suspenso, y, cuando los cristianos estupefactos volvieron en sí, el *starets* Juan yacía muerto sobre el pavimento.

El emperador, pálido pero calmo, se dirigió entonces a la asamblea: “Vosotros habéis visto el juicio de Dios. Yo no quería la muerte de nadie, mas mi Padre celestial venga a su hijo bienamado. Es evidente. ¿Quién osará discutir con el Todopoderoso? ¡Secretarios! Escribid: El concilio ecuménico de todos los cristianos, luego de que el insensato enemigo de la majestad divina fue fulminado por el fuego del cielo, ha reconocido por unanimidad al poderoso emperador de Roma y de todo el universo como su jefe y maestro supremo”. Al instante, una palabra neta y sonora retumbó en el templo: “*Contradicitur*”. El Papa Pedro II, de pie y con el rostro enrojado,

temblando de cólera, con su cruz alzada en dirección al emperador, exclamó: “Nuestro único Señor es Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Y tú... Tú sabes ahora quién eres. ¡Nos te rechazamos, fratricida Caín! ¡Instrumento del diablo! ¡Por el poder de Cristo, Nos, siervo de los siervos de Dios, os maldecimos para siempre jamás, perro miserable, te excluimos de la ciudad de Dios y te entregamos a tu padre Satanás! *Anathema, anathema, anathema!*”. Mientras así hablaba, el gran Mago volvió a agitarse bajo su manto. Un trueno más fuerte que el último anathema retumbó y el último Papa cayó en tierra. “Es así como parecen mis enemigos a mano de mi Padre”, sentenció el emperador. “*Pereant, pereant!*”, clamaron temblando los príncipes de la Iglesia. El emperador se levantó y, lentamente, apoyado sobre la espalda del gran Mago y acompañado por toda su comitiva, se retiró por las puertas situadas detrás del estrado.

En el templo no quedaban más que los dos cadáveres y el pequeño grupo de cristianos, medio muertos de miedo. El único que se mantenía sereno era el profesor Pauli. El terror general había despertado en él todas las fuerzas del espíritu. Hasta exteriormente parecía cambiado. Su aspecto se había hecho majestuoso e inspirado. Con paso decidido, se dirigió hacia el estrado y, luego de tomar asiento en el sitio de uno de los secretarios de Estado, tomó una hoja de papel, sobre la cual comenzó a escribir. Cuando terminó de hacerlo, se incorporó y leyó en alta voz: “En el Nombre de Nuestro Único Salvador Jesucristo, el concilio ecuménico de las Iglesias de Dios, reunido en Jerusalén, después de que nuestro querido hermano Juan, jefe de la cristiandad oriental, hubo convencido al gran impostor y enemigo de Dios de ser el verdadero Anticristo previsto por las Escrituras; después de que nuestro padre Pedro, jefe de la cristiandad occidental, lo excluyó regular y legalmente de la Iglesia de Dios; ahora, delante de los cuerpos de estos dos testigos de Cristo muertos por la Verdad: decide romper todo contacto con el excomulgado y sus miserables partidarios y, refugiándose en el desierto, esperar allí el próximo advenimiento de su verdadero Jefe, Jesucristo”. Un gran entusiasmo se apoderó de los fieles y fueron lanzadas repetidas exclamaciones: “*Adveniat! Adveniat cito! Komm, Herr Jesús, komm!* ¡Ven, Señor Jesús, ven!”.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Es la invocación contenida en el capítulo final del Apocalipsis (cf. XXII, 17 y 20).

El profesor Pauli, luego de agregar algunas palabras, siguió leyendo: “Habiendo adoptado por unanimidad este primero y último acto del concilio ecuménico, lo firmamos con nuestros nombres”. Y con un ademán invitó a los asistentes al estrado. Todos se allegaron a él y firmaron. A continuación, con amplia escritura gótica, escribió: “*Duorum defunctorum testium locum tenens Ernst Pauli*”. “Ahora vámonos”, agregó mostrando los dos difuntos. Los cuerpos fueron colocados en camillas y los cristianos, cantando himnos latinos, alemanes y rusos, se dirigieron lentamente hacia la salida. Pero el cortejo fue detenido por un secretario de Estado enviado por el Emperador, acompañado de un oficial y un destacamento de la guardia. Los soldados quedaron a la puerta y el secretario leyó desde lo alto del estrado: “Orden de Su Majestad divina: para edificación del pueblo cristiano y para preservarlo de los que tratan de sembrar el desconcierto y el error, hemos estimado prudente hacer exponer públicamente los cadáveres de los dos rebeldes ejecutados por el fuego del Cielo, a fin de que todos puedan persuadirse de su efectiva muerte. Aquellos que continúen haciendo causa común con ellos y que rechacen malévolamente todas nuestras ofertas, cerrando los ojos voluntariamente frente a los signos enviados por la Divinidad misma, se librarán, gracias a nuestra bondad, de la muerte que merecen y gozarán de plena libertad, con la sola prohibición de habitar en las ciudades y demás lugares públicos, a fin de que no puedan turbar y seducir a las gentes simples con sus perversas invenciones”. Cuando hubo terminado, ocho soldados, obedeciendo a una señal, se acercaron a las anarillas donde reposaban los cuerpos.

“¡Que se cumpla lo que está escrito!”<sup>22</sup> dijo el doctor Pauli. Los fieles, calladamente, entregaron las camillas a los soldados, que se alejaron por la puerta noroeste mientras aquéllos, saliendo por la del noreste, abandonaban rápidamente la ciudad, pasando frente al Monte de los Olivos, en dirección a Jericó, por una ruta custodiada por la gendarmería y dos regimientos de caballería. Y decidieron permanecer algunos días sobre las desiertas colinas de las cercanías de Jericó.

<sup>22</sup> Conocedor de las Sagradas Escrituras, el doctor Pauli ha advertido que el Papa y el *starets* son los dos testigos de los que se habla en el Apocalipsis (XI, 3), a quienes mata la Bestia (XI, 7), cuyos cuerpos quedarán en exhibición (vers. 9, ib.) para resucitar luego (vers. 11). Al decir, pues, “que se cumpla lo que está escrito”, si bien parece referirse al documento imperial leído, tiene la atención puesta en el pasaje escriturario.

Al día siguiente, por la mañana, algunos emisarios vinieron de Jerusalén y contaron lo que había sucedido en Sión. Luego de un banquete en la corte, todos los miembros del concilio habían sido invitados a una reunión en la inmensa sala del Trono (ubicada sobre el emplazamiento supuesto del trono de Salomón)<sup>23</sup> y el Emperador, dirigiéndose a los representantes de la jerarquía católica, había declarado que el bien de la Iglesia requería que inmediatamente se eligiese un digno sucesor del Apóstol San Pedro, que en razón de los acontecimientos ocurridos, la elección debía ser rápida; que la presencia del Emperador, jefe y representante de todo el mundo cristiano, permitía suprimir las formalidades habituales y que, en nombre de todos los cristianos, proponía al Sacro Colegio la elección de su querido amigo y hermano Apolonio, pues de esta manera sus mutuas y estrechas relaciones harían más sólida la unión de la Iglesia y el Estado, para el bien común de todos. El Sacro Colegio se reunió aparte, en Cónclave, y, al cabo de una hora y media, reapareció con el nuevo papa Apolonio.

Mientras comenzaba la elección, el emperador, haciendo gala de dulzura, de elocuencia y de discreción, había persuadido a ortodoxos y protestantes de poner fin a sus viejas disputas, asegurándoles que Apolonio suprimiría los abusos cometidos por los papas en el transcurso de la historia. Convencidos por este discurso, los representantes de la ortodoxia y del protestantismo concluyeron el acta de unión de las Iglesias y, cuando Apolonio apareció rodeado de cardenales y aclamado por gritos entusiastas, un arzobispo griego y un pastor evangélico le entregaron el documento. “*Accipio et approbo et laetificetur cor meum*”, dijo Apolonio al firmar el papel. “Yo soy tan verdaderamente ortodoxo como verdaderamente evangélico y verdaderamente católico”, agregó, al tiempo que abrazaba afectuosamente al griego y al alemán. Se acercó entonces al emperador, quien lo estrechó prolongadamente en sus brazos.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> La tradición musulmana coloca allí el trono del Rey Sabio y asegura que en él fue encontrado muerto. Ni el libro de los Reyes ni los Paralipómenos afirman tal cosa. El lugar corresponde al antiguo templo y posterior recinto de la mezquita de Omar, cincuenta metros al norte de la Puerta Áurea.

<sup>24</sup> La ampulosa frase del Antipapa Apolonio expresa la mejor definición del ecumenismo falso, es decir, sincretista.

En este momento, aparecieron como puntos luminosos en el palacio, en el templo, en todas las direcciones, que fueron desarrollándose hasta tomar la forma de criaturas extrañas y luminosas, mientras flores desconocidas caían sobre la tierra, llenando la atmósfera con un perfume delicioso. Sonidos encantadores, producidos por ignotos instrumentos, penetraban el alma y embargaban el corazón e invisibles voces angelicales se dejaban oír en las alturas para gloria de los señores del cielo y de la tierra.<sup>25</sup> Al mismo tiempo, en el ángulo noroeste del palacio, bajo Kubbet-El-Arnakk (la cúpula de las almas, donde, según la tradición musulmana, se encuentra la entrada del infierno), retumbó un rumor aterrador y subterráneo. Y, cuando por invitación del emperador, el concilio se dirigió hacia ese punto, cada uno pudo escuchar claramente innumerables voces finas y penetrantes –diabólicas e infantiles a la vez– que proclamaban: “¡Ha llegado la hora, salvadores, libradnos, salvadores!”. Pero, en cuanto Apolonio, inclinándose sobre el peñasco, hubo exclamado algunas palabras en una lengua misteriosa, las voces callaron y el murmullo subterráneo se extinguió.

Entretanto, una turba inmensa se había congregado alrededor de Kharan-Ez-Cherif. A la noche, el emperador, acompañado por el nuevo papa, apareció sobre la escalinata oriental, ante la multitud desbordante de entusiasmo. Y, mientras él se inclinaba amablemente en todas direcciones, Apolonio, extrayéndolos de unas cestas que le presentaban los cardenales diáconos, arrojaba al aire cohetes que, encendiéndose al contacto de sus dedos, estallaban en fuegos artificiales, como fuentes luminosas, tan pronto fosforescentes y nacaradas, tan pronto multicolores, que, al tocar tierra, se transformaban en hojas multicolores, con indulgencias por los pecados pasados, presentes y futuros. La algarazara no reconocía límites, aunque en verdad algunos afirmaban haber visto, con sus propios ojos, que las indulgencias se transformaban en escuerzos y serpientes repugnantes. Con todo, el delirio popular y los festejos duraron muchos días, en los cuales el nuevo papa milagrero ejecutó prodigios que sería vano referir aquí.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Es el momento culminante de la glorificación de los hombres y de los demonios, con quienes comparten el señorío universal.

<sup>26</sup> Apolonio es la “otra Bestia que subía de la tierra”, que “hace grandes prodigios, de modo que hasta haga bajar fuego del cielo a la tierra a la vista de los hom-

Por ese tiempo, sobre las alturas desiertas de Jericó, los cristianos se entregaban al ayuno y la oración. Pasado el cuarto día, por la noche, el profesor Pauli con nueve compañeros, montados todos en asnos y arrastrando un pequeño carro, entraron en Jerusalén. Por calles transversales rodearon Kharam-Ez-Cherif, llegaron a Kharet-en-Nazara y se aproximaron al templo de la Resurrección, donde se encontraban los cuerpos del Papa Pedro y del *starets* Juan. Las calles estaban desiertas pues toda la muchedumbre se encontraba en Kharam-Ez-Cherif. Los soldados de la guardia dormían profundamente. Encontraron los cuerpos completamente intactos; ni siquiera estaban rígidos. Después de colocarlos sobre sendas camillas y de recubrirlos con lienzos llevados ex profeso, retornaron por los mismos caminos apartados, hacia donde estaban los discípulos.

Pero apenas habían colocado las camillas en tierra, un impulso de vida reanimó los cuerpos. Éstos se movieron, tratando de librarse de los lienzos que los recubrían. Con gritos de júbilos, fueron todos en su ayuda y bien pronto los dos resucitados se encontraban en pie, sanos y salvos. El *starets* Juan tomó la palabra: “Veis, hijitos míos, cómo no nos hemos separado de vosotros. Y he aquí lo que yo ahora os declaro: es ya tiempo de cumplir la última oración de Cristo, cuando Él pidió que sus discípulos fuesen uno; como Él es Uno con su Padre. Y para lograr esta unidad en Cristo, veneremos, hijos míos, a nuestro querido hermano Pedro. Que de hoy en adelante apaciente él las ovejas de Cristo”. Y, abrazando a Pedro, agregó: “¡Que así sea, hermano mío!”. Entonces el profesor Pauli se acercó: “*Tu es Petrus*”, declaró dirigiéndose al Papa. “*Jetzt is es ja gründlich erwiesen und ausser jedem Zweifel geserzt*”. Y le apretó fuertemente la mano con su diestra, mientras tendía la izquierda al *starets* Juan, diciéndole: “*So, also, Väterchen, nun sind wir ja Eins in Christo*”.<sup>27</sup>

---

bres. Y embauca a los habitantes de la tierra con los prodigios que se le ha dado hacer en presencia de la Bestia (primera) ... Y haga que a cuantos no adoren la imagen de la Bestia, se les quite la vida” (Apoc. XII, 11 a 15).

<sup>27</sup> La reconciliación de los cismáticos y los protestantes con la Iglesia Católica había sido realizada, al menos en principio, cuando los pocos fieles cristianos, no deslumbrados por el Anticristo, se arrimaron al Papa y luego, muerto éste y el *starets*, siguieron a Pauli en su marcha al desierto. Ahora tomaba expresión solemne y definitiva, en contraposición a la falsa y aparente unificación ruidosamente proclamada por el mago antipapa.

Así, en la noche oscura y sobre un lugar solitario y elevado, se logró la unión de las Iglesias. Pero de golpe la obscuridad nocturna se iluminó con un resplandor maravilloso y en el cielo apareció el gran signo: la Mujer revestida de sol con la luna bajo sus pies y, sobre su cabeza, una corona de doce estrellas. La aparición permaneció algún tiempo inmóvil y luego se fue desplazando lentamente hacia el sur. El Papa Pedro proclamó: “¡Ved ahí nuestro estandarte, sigámoslo!”. Y partió en la dirección de la aparición, acompañado por los dos *starets* y por la multitud de cristianos, hacia la montaña divina, el Sinaí...<sup>28</sup>

Se interrumpe aquí el relato. El lector explica que el padre Pansophios, su autor, no lo pudo terminar. Recuerda, sin embargo, haberle oído algunos detalles sobre los acontecimientos ulteriores. El reinado del Anticristo, fuertemente consolidado en el plano religioso, alcanza su plenitud. Pero de pronto el pueblo judío, que ha creído encontrar en él su Mesías y lo ha servido con decisión, cae en la cuenta de la realidad y se subleva. El emperador pierde el dominio de sí y condena a muerte a todo cristiano o judío rebelde. En circunstancias en que está por darse una gran batalla sobre el Mar Muerto, se abre allí un enorme cráter volcánico que, a pesar de los sortilegios intentados por Apolonio, devora con sus llamas al Anticristo y sus secuaces. Aterrorizados, los judíos corren a Jerusalén, a cuya vista advierten que un relámpago cruza el cielo de oriente y occidente, al tiempo que, con vestiduras reales, Cristo desciende mostrando en sus manos abiertas los estigmas de la crucifixión.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> El Papa ha reconocido el “Signum Magnum” del que se habla en el capítulo XII del Apocalipsis y en él a la Santísima Virgen María, Reina y Señora de todo lo creado.

<sup>29</sup> Los judíos se ven forzados a reconocer y acatar a Cristo ante la evidencia de los signos de su advenimiento final en poder y majestad, puesto que, en ocasión de la primera venida en pobreza y humildad, no quisieron entender el lenguaje de las profecías y de la razón. Verdadera humillación que borra el distingo entre judíos y gentiles, señalado por San Gregorio Magno en su homilía sobre el pasaje evangélico referente a la estrella de Belén y la adoración de los magos: “A los judíos, como se valían de la razón, debió predicarles un ser racional, es decir, el Ángel; en cambio, los gentiles, como no sabían valerse de la razón, son llevados al conocimiento del Señor no por la palabra sino por los signos”.

*M.Z.* (continuando no ya la lectura, pero sí, a su modo, el relato): En este mismo momento avanzaba desde el Sinaí hacia Sión el conjunto de fieles cristianos conducidos por Pedro, Juan y Pauli, al tiempo que de diferentes lugares acudían otros grupos con grandes transportes de entusiasmo: eran los judíos y los cristianos asesinados por el Anticristo, los que vivirían y reinarían mil años con Cristo.

Es así como el padre Pansophios calculaba terminar su relato, cuyo objeto era mostrar, no la catástrofe general del universo, sino el desenlace del proceso histórico, es decir, la aparición, la grandeza y la caída del Anticristo.

*El diplomático:* ¿Y creéis que ese desenlace está próximo?

*M.Z.:* ¡Oh! Se discutirá y se hablará todavía mucho sobre la escena, pero el drama está escrito desde larga data hasta el final. Ni espectadores ni actores podrán cambiar nada.

*La dama:* Pero, en fin, ¿cuál es exactamente el sentido de este drama? Yo no alcanzo a comprender por qué vuestro Anticristo detesta a Dios hasta tal punto. Puesto que él no es malo; en el fondo, es bueno.

*M.Z.:* Precisamente, es en el fondo que no es bueno. He ahí toda la cuestión. Yo me equivoqué al decir, hace un rato, que “el Anticristo no puede explicarse solamente con proverbios”. Se explica por un solo proverbio; uno de los más simples: *No es oro todo lo que relumbra*. Si al bien falsificado se le quita su brillo, queda ya sin fuerza esencial.<sup>30</sup>

*El general:* ¿Habéis visto sobre qué cae el telón de este drama de la historia? ¡Sobre la guerra, sobre el encuentro de dos grandes ejércitos! Nuestro diálogo termina por donde comenzó. ¿Qué os parece, príncipe? ¡Señor! ¿Pero dónde está el príncipe?

<sup>30</sup> La dama, como tantos cristianos o seudocristianos sentimentalmente humanitaristas de hoy, juzga por las apariencias, por el brillo, y se ha dejado impresionar por el activo pacifismo, la ingente obra social y la unificación religiosa que ejecuta el Anticristo. Su concepción horizontal y terrestre del cristianismo no le permite comprender cómo podría suponerse que tan gran benefactor de los hombres deteste a Dios. Pero... ¿qué entiende esta buena señora por “Dios”? ¿Qué entienden los humanitaristas de hoy por “amor”? Bien hace el lector de Soloviev al recordar que no es oro todo lo que relumbra y quizá completaría mejor su pensamiento recomendando a su interlocutora que releyesa el capítulo XIII de la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios.



*El diplomático:* ¿No visteis, entonces? Se fue, sin hacer ruido, en el patético pasaje donde el *starets* Juan condena al Anticristo. En su momento no quise interrumpir la lectura y luego me olvidé.

*El general:* ¡Se fugó! ¡Una vez más se fugó! Sin embargo había realizado un esfuerzo. Pero este golpe no ha podido soportarlo. ¡Ah, mi Dios!<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Al príncipe tolstoiano, enemigo de la violencia –que en nuestro tiempo habría depuesto su rango nobiliario para proclamarse auténtico demócrata y se confesaría admirador de Gandhi–, le resulta incomprensible el lúcido y penetrante lenguaje del *starets* y, por cierto, no habría podido ni siquiera escuchar la sentencia de Pedro II. Como la dama, en definitiva, juzga por las apariencias, pero, peor todavía que ella, aplica ese mismo modo de juzgar al orden de las esencias.